

Al Mocho no parecía importarle la visibilidad comprometida, aparentemente hipnotizado por las raras figuras que la bruma dibujaba al pasar del auto. Odiaba retrasarse en sus encargos por considerarlo poco profesional e inclusive de mala suerte; pero la espesa neblina con la que el amanecer los había sorprendido ni siquiera le molestaba.

Su mente se debatía en ansiedades. Angustias de padre.

Si algo le pasara a su hijo, no podría volver a mirarse al espejo, pensó.

Había pasado ya más de una hora desde que salieron de casa, cuando todavía no clareaba. Aunque las malas condiciones del camino los obligaba a reducir la velocidad en momentos en que debían apurarse en su encomienda, no llegaba a preocuparse por ello. Compulsivamente, repasaba una y otra vez la conducta reciente de su hijo, las «amistades» que empezaban a rondar por la casa y las pastillas que su madre le había encontrado escondidas bajo la cama.

Su carácter —que hace un par de años lo llenaba de admiración— se había desfondado de la noche a la mañana. Su mujer tenía razón: debía hablar con él y hacerlo entender, a como diera lugar. ¡Pero ya lo había hecho de mil maneras y sin mayores resultados! Ni las amenazas, ni los castigos; nada hacía entrar en orden a ese peludo y desaliñado tipo que reemplazaba al pequeño que tantas expectativas le había generado.

Lo miró de reojo, recostado sobre el asiento, hecho una facha y chiflando suavemente mientras miraba por la ventilla con desinterés. Todo era más fácil cuando era niño, pensó. La edad de la pun-

zada lo había transformado en un muchacho rebelde, desordenado y metido en muchas cosas reprobables. Su madre no dejaba de quejarse de él. Si seguía así, quién sabe en dónde podría acabar.

Suspiró. El trabajo de un padre no termina nunca. Rompió el silencio con lo primero que le vino a la mente.

—Me cae que es importante ser civilizado, ¿no crees?

El muchacho parecía no escuchar, distraído. El conductor subió la voz, disfrazando su malestar con un tono de entusiasmo.

—Mira, m'hijo, ¡yo soy un tipo ejemplar, moderno! Aprende de mí; te irá mejor.

Entonces le sonrío ampliamente a su hijo, con esos dientes blancos y bien cuidados que eran su pequeña vanidad secreta. El menor lo mira enfadado, con el gesto que se reserva a los vendedores engorrosos y que tocan a la puerta en el momento más inoportuno.

—¿Y qué es lo que te debo aprender, jefe?

Meditó un momento.

—A ver. Yo tengo un buen negocio que un día puede ser tuyo. Muchas familias dependen de él. Es lo que te da de comer, ¿no es cierto?

El joven asintió con la cabeza, despacio y con una leve sonrisa burlona. El conductor decidió continuar, animado por lo que interpretó como una buena primera respuesta.

—Pago bien y puntualmente. He tenido buenos jefes. Sé trabajar duro y ser constante. ¡Las cosas van bien para gentes como yo! Si tan sólo escucharas más...

El joven interrumpe con una carcajada vulgar y el mayor lo mira, receloso.

—¡No me digas, jefe! Como si todo estuviera bien en este miserable país...

El muchacho corta súbitamente la frase, buscando evadir esa fibra íntima y sensible de su padre; pero es demasiado tarde. Con impaciencia, reconoce el error y se apresta a pagar el precio de su descuido.

—¿No te digo? Luego luego atacando a la nación. Todo va muy bien y se va a poner mejor. Acuérdate de tus clases de civismo... ¡La patria es primero! Hay que agradecerle a estos últimos gobiernos que nos han permitido prosperar. ¡Antes no era tan sencillo! Los tiempos difíciles ya pasaron y los últimos años han sido es-pec-ta-cu-la-res. Yo soy de los que votan en las elecciones y toda la cosa. ¡Hay que tener valores ciudadanos! Amar lo que uno tiene y respetarlo. Eso es lo que yo entiendo por ser civilizado; ser un ciudadano ejemplar...

El joven, mirando por la ventana, parecía no escuchar las palabras de su padre. Incontables, las veces que ha escuchado esto. No por nada el mote del Mocho, pensó con vergüenza puberta.

El viejo continuaba.

—Estoy orgulloso y quiero que tú también lo estés... No creas, me gustaría jubilarme tranquilo pero no puedo hasta que te dejes de payasadas.

Este último comentario punzó profundo al muchacho, quien rápidamente se enderezó en el asiento y miró a su padre. El conductor no pudo evitar una sonrisa, convencido de la bondad de su propósito y de la inevitable comprensión de su hijo.

El desengaño llegó pronto.

—Ya pues, jefe. Tampoco te esponjes. ¡Suenas como si trabajaras en la Cruz Roja! La neta, las cosas en este país están del carajo. Los dos sabemos que un día nos van a agarrar. ¡Ahora resulta que los criminales somos ciudadanos ejemplares! No me cuentes...

El mayor suspira, derrotado.

—Escúchame bien. Es cierto, mi negocio es «criminal» —aunque depende a quién le preguntes, ¿eh?. Así es, pago buenas «mordidas». Muchos de mis maestros están prófugos, en la cárcel o muertos. Es un riesgo de oficio. Óyeme bien, ¡nadie saca adelante a su familia sin sacrificios! Lo importante es ser constante, paciente y trabajar duro. Generar empleo. Trabajar en equipo. Entender las reglas del juego y respetarlas. Levantarse temprano y dar el cien por ciento todo el día. Y para eso, ¡nadie como tu jefe!

Entonces subraya sus palabras con una mirada fría, de lagarto, que después de tantos años todavía helaba las manos de sus socios y sus «mercancías».

—Carajo. Si existe un ciudadano ejemplar, ese soy yo.

El menor sonrío. El mensaje parece haber sido bien recibido. Dándole un pequeño zape juguetón, el mayor le anuncia que han llegado a su destino.

Ambos bajan del auto y entre la neblina abren la cajuela. El muchacho hace un esfuerzo por distinguir el pesado bulto que les espera dentro. Da un paso atrás.

—¡Cómo apesta! ¿Y a éste lo tiramos aquí o lo enterramos?

El mayor sonrío y con un gemido se esfuerza mientras jala bruscamente del saco, que cae al suelo produciendo un sonido pesado y seco, casi vegetal.

—Pues si a la mera hora lo abandonaron sus familiares y no quisieron aflojar, de perdida que lo entierren ellos. Es lo civilizado, ¿no crees?

Uno

Eduardo Cura tardó algunos segundos en reconocerse en el sucio espejo, mientras dejaba correr agua fría sobre sus manos. El pequeño cuarto de baño le empezaba a generar sentimientos de claustrofobia y el pesado olor a orines y suciedad no ayudaba. Buscó con qué secarse, sin conseguirlo. El aparato dispensador no funcionaba y no había ni papel higiénico.

Típico.

Antes de salir sonrió hacia su desdibujado reflejo, que le correspondió con una mueca. La partida apenas comenzaba.

La *Mancera* era una de esas cantinas en donde el tiempo se había detenido hacía demasiados años. Estaba enclaustrada entre dos viejos edificios en una transitada calle del centro histórico, en un predio estrecho y profundo —de aquellos que resultan de una planeación urbana deficiente—. Al entrar por su discreta puerta, había un espacio de cuatro mesas que seguramente hace treinta años habían sido elegantes; un segundo espacio, más extenso, estaba reservado a mesas de dominó que se tocaban entre sí y que competían por espacio con una larga barra de finales del siglo XIX. Al final estaban la cocina y el único baño, que durante décadas había sido sólo para hombres pero que ahora, en un toque de modernidad, era *unisex*.

La discusión se podía oír desde que abrió la puerta, no obstante el permanente ruido de fichas alegremente azotadas contra la mesa, el murmullo y las risas de los parroquianos y los gritos consistentes de ¡Toño, una ronda más! y ¿qué pasó con mi solomillo, Toñito? que llamaban cada tres o cuatro minutos al único

mesero del lugar. Toño era ya parte del mobiliario, después de treinta años sirviendo todos los días con un gesto fijo de prisa y preocupación. Eduardo no entendía claramente los motivos del curioso mesero para soportarlo, aunque hacía mucho tiempo había llegado a la conclusión de que Toñito necesitaba esa tensión constante para vivir. Para Eduardo mejor, pues por nada hubiera preferido que aquella cantina cambiara. Desde que era niño y acompañaba a su papá a la *Mancera*, Toño se veía exactamente igual; los gritos eran iguales, el solomillo igual de grasoso y los tequilas igual de bien servidos.

—Bueno, hoy andas más lento que de costumbre —escuchó la burla de Guillermo del Río mientras se quitaba el saco, colocándolo en el respaldo de la silla—. No cabe duda que el ser gerente te está volviendo más aletargado.

Eduardo sonrió sin mirarlo. Mientras acomodaba las nueve fichas que sus compañeros le habían dejado al tomar cada uno las suyas, alargó el brazo para tomar un sorbo de cerveza. Guillermo había sido su amigo más cercano durante los últimos quince de sus treinta y tres años de vida. Se habían conocido desde niños, pero la amistad no cuajó sino hasta la preparatoria, en donde se reencontraron al mismo tiempo que descubrieron la vida adulta. Hijo único, sus padres perdieron la vida en un accidente de auto hacía apenas cinco años. Desde entonces Guillermo había aprendido a ser independiente, a poner un negocio estable y a no malgastar el dinero a prueba y error, salvo lo necesario para tener tranquila a su mujer.

—¡Cómo das lata, Guillermo! ¡Se me hace que vienes a desquitarte con nosotros de las friegas que te pegan en casa! —escuchó a Óscar Villalobos decir al azotar la doble seis para iniciar el «beisbolito», juego que permite a tres personas matar el rato sin necesitar del proverbial cuarto jugador de dominó.

—Mejor ni le digas nada, no vaya a ser que se moleste y no quiera pagar la comida como ofreció —contestó Eduardo mientras acomodaba la seis-cinco y miraba de reojo al político, en más de un sentido, del grupo.

Óscar trabajaba en el gobierno federal, cumpliendo su sueño de la infancia con un sentido de responsabilidad que rayaba en la soberbia. Eduardo y Guillermo lo conocieron en la universidad, cuando ellos estudiaban Administración y éste retaba a sus maestros en Ciencias Políticas. Alto, siempre elegantemente vestido y de sonrisa fácil, contrastaba con el estilo más sencillo de sus amigos y sus formas, menos estructuradas y más ligeras. Óscar había formado un grupo considerable de universitarios que organizó una serie de encuentros con altos funcionarios y empresarios destacados, buscando generar discusiones y conciencia de cambio; Guillermo y Eduardo habían participado con él.

Guillermo alargó la mano para acomodar la seis-dos.

—Miren, entre que la clase política y el sector obrero grillan para robar más y dar menos, nosotros los empresarios estamos preocupados por generar la verdadera riqueza de este país. ¡Toño, las cartas!

El viejo mesero, que tomaba la orden a otra mesa, levantó angustiado la cabeza para asentir rápidamente y volver a su asunto.

—A doses entonces —sonrió Óscar mientras acomodaba la cinco-dos, cuadrando el juego.

—Paso —lamentó Eduardo—. Juegan solos.

—Ni me digas —contestó Guillermo, mirando reflexivamente a sus fichas y luego a Óscar, que no paraba de sonreír—. No te preocupes, le vamos a dar una probadita a éste de lo que es el buen dominó. ¡Pégale a las tuyas, compadre! —y colocó la mula de doses.

—Luego luego doblándose. ¡Así me gusta, que haya respeto por la autoridad! Ahora déjame pensar —Óscar se inclinó sobre la mesa, descansando ambos codos en ella mientras hacía un gesto de profunda meditación.

—¡Ni que tuvieras tantas! —se burló Guillermo—. Eduardo, mientras el señorito pretende ser Kasparov, podrías platicarnos sobre tu nuevo puesto.

—Pues ahora le reporto al director general y me encargo de preparar los proyectos de inversión y gasto para la junta de di-

rectores. ¡Y la promoción me llega justo a tiempo, porque mi hijo mayor está por entrar a la escuela y estoy por dar el enganche del departamento!

—Eso es lo bueno de la vida en las empresas grandes: por lo menos, tienes certidumbre de que haciendo las cosas bien puedes crecer con el tiempo. ¡En cambio a mí, las peores fechas son las de quincena, porque tengo que dar la cara y pagar, aun en los peores momentos!

Toño, el mesero incansable, apareció con su gesto permanente de urgencia y con su acostumbrado «qué van a tomar los señores» detuvo la conversación, para luego salir rápidamente rumbo a la barra.

—¿Saben? Se puede ver cómo Toñito ha dejado huella en el tiempo. ¡Fíjense cómo sus pasos han desgastado el suelo, justo en el camino que ha tomado por tantos años! —dijo Óscar, riendo de buena gana.

—Por eso me gusta mi país. ¡Hay cosas que nunca cambian! Como por ejemplo lo que te tardas en tirar. ¿Vas a mover ya o nos pedimos un cubilete para esperarte?

—Mira Guillermo, si algo no cambia aquí es que soy el único que sabe jugar. ¡A ver, qué les parece si les pongo un cuatro! —replicó Óscar burlón, bajando la dos-cuatro.

—¡Vaya, hasta que me dejan jugar! —dijo Eduardo ante la mirada entre divertida y expectante de sus compañeros—. ¿Qué tal una güera? —comentó, bajando la cuatro-blanca.

—Oye Óscar, ¿y cómo te fue en España? ¿Hubo *marcha*? —preguntó Guillermo—. Me dicen que la marcha en Madrid dura todo el fin de semana.

—Pues no, no me fui de farra. Estuve encerrado en la reunión bilateral de seguridad con los españoles toda la semana y sólo salí para tomar el avión de regreso. Cosas de migración, terrorismo y organizaciones criminales. Están peor que aquí, creo.

Óscar formaba parte del «grupo de liderazgo» de la Secretaría de Gobernación y tenía entre sus responsabilidades el participar en intercambios de información con distintas agencias nacio-

nales e internacionales. Sus amigos no sabían del todo lo que hacía. Tampoco le preguntaban, acostumbrados a su terca discreción y aburrida solemnidad.

—Oye Óscar y ¿qué diablos tiene que ver la migración con el crimen organizado? —preguntó Eduardo.

—En política todo está relacionado con todo —contestó, críptico—. Una buena parte de las actividades criminales se dan en torno a la migración, e incluso la provocan, empujando a familias enteras a dejar su origen detrás.

—A mí siempre me ha parecido que la migración es una forma cobarde de ver la vida. ¡Es mejor luchar por lo que se tiene que abandonarlo! —replicó Eduardo.

—Es fácil para ti decirlo. Pero hay mucha gente que no tiene ni con qué rascarse...

—¡Pues ahí les va una uña, pa' que se rasquen a gusto! —rió Guillermo, mientras bajaba la blanca-uno—. No puedo creer que estando en la capital del desmadre europeo no te hayas tomado unas cuantas botellas de Ribera del Duero. ¡Hostia!

—En vez de darme consejos deberías poner atención a lo que haces, como yo. ¡Escupe la dos-tres! —respondió Óscar mientras bajaba la uno-dos, cuadrando el juego nuevamente a doses.

—Paso —suspiró Eduardo.

—¡Ya lo sé animal, éste se nos puso bravo! —contestó riendo Guillermo, mientras bajaba el último dos que le quedaba; justamente el dos-tres.

Toño interrumpió la partida, mientras ruidosamente acomodaba platos, vasos y cubiertos en las pequeñas mesas al lado de cada jugador.

—Bueno, ¿y a quién le gustaban las güeras? —preguntó Óscar, mientras miraba de reojo a Eduardo y acomodaba la tres-blanca.

—Pues a mí que por dos me doblo —contestó Eduardo, mientras ponía la mula blanca y curiosamente pensaba en su mujer y su pequeña hija.

—Paso. Ya le hiciste el juego, pero cuando nos contemos veremos quién es quién —dijo Guillermo mientras Óscar cuadraba por última vez el juego con la dos-blanca y todos se abrían para sumar puntos y ver quién de los tres acabaría ganador de la primera mano.

Dos

La noche los sorprendió saliendo de la *Mancera* y con abrazos se despidieron para ir cada quien por su rumbo.

Eduardo se sentía ligero, efecto del nombramiento, el tequila y la nutrida discusión que tuvieron durante casi cinco horas ese viernes de quincena. Caminó media cuadra hasta el estacionamiento público, entre antiguos palacios cuyas fachadas añoraban mejores tiempos y personas que se apuraban por la calle, nerviosas en la oscuridad de un centro histórico indomable. Comenzaba una tenue llovizna y hacía frío, por lo que se apretó el saco a la altura del cuello con una mano.

El tránsito estaba insoportable. Viernes, quincena, hora pico, centro histórico y lluvia son la peor combinación para ponerte detrás del volante. Y lo bueno es que hoy no hubo manifestaciones, porque de lo contrario el asunto sería realmente grave. Seguro esto será cosa de dos horas, dos horas y media.

Acostumbrado a esta rutina, prendió el radio y suspiró. Los autos no se movían. Cientos de lucecitas se reflejaban en su parabrisas, mojado por la lluvia, trazando rayitas de un rojo brillante que le recordaban algún cuadro impresionista. El suave y relajante estupor de los tequilas hacía su efecto y Eduardo se hundió en el asiento, disfrutando. La voz del noticiero de la noche era calmada, resignada, aun cuando anunciaba cifras poco alentadoras en todos los temas. La política, mal. La economía, mal. La seguridad social, mal. Mal, mal, mal. ¿Por qué serían los medios tan amarillistas? Haciendo una mueca, estructuró una fórmula que describía su sentir con respecto a lo que oía:

medio igual a miedo. Pura mercadotecnia. De lo contrario, no venden.

La voz del locutor fue relegándose al fondo, desplazada por reflexiones propias, más reales, más cercanas. Desde la universidad en donde eran inseparables, las reuniones con Guillermo y Óscar habían sido cada vez menos frecuentes y eso le pesaba. Cumpleaños, celebraciones, pero nada más. Recordaba los abrazos de cuando Guillermo se casó con Claudia, y de su propia boda. El entrañable afecto de su amigo cuando en ambas ocasiones le acompañó en el hospital mientras nacían sus dos hijos, Ana Helena y Lalo. Pero naturalmente cada uno había tomado su rumbo y el tiempo los hacía cada día más diferentes, distantes.

No tengo por qué sorprenderme, reflexionó en silencio, mientras por segunda vez cambiaba la luz del semáforo sin que nadie avanzara. Guillermo está totalmente volcado en realizar su sueño de ser un gran empresario. Óscar es una persona preparada, inteligente y bien intencionada, que seguramente hará una diferencia en el sector público. En eso ambos seguían siendo exactamente iguales que cuando eran una pandilla cuya mayor preocupación era el examen o la novia.

Sin embargo, habían cambiado en una forma que incomodaba ligeramente a Eduardo, sin que supiera exactamente por qué.

Lentamente recordó lo discutido, con la sensación de que algo importante se le escabullía. La visita de Óscar a España, el tema de la migración, había dado pie a una larga charla.

—Deja tú que sea un tema de valor. Será en todo caso uno de valores económicos, no humanos. Son los más fregados los que acaban por irse, porque aquí ya no tienen a dónde hacerse —había comentado Óscar.

Eduardo se acomodó en la silla, mirando a sus amigos con firmeza.

—¿Y crees que lo «fregado» como dices es sólo un asunto de dinero? Yo creo que también es un esquema mental, ¿no crees?

Guillermo miró al techo, como cuando se tolera la presencia de alguien torpe.

—Ese es el problema con ustedes, son demasiado grillos. La cosa es simple: si yo estuviera fregado, manejara el típico bote pateado que vemos circulando por la ciudad y no tuviera qué tragar, pues el hambre me jalaría a una de dos: a largarme o a robar. Los dos son esquemas mentales jodidos y negativos, propios de cerebros que merecen vivir en otro país o en la cárcel. Y ya déjense de jaladas y sigan con el juego, que me aburren.

Era la actitud. Guillermo más arrogante, menos sensible. Un cambio importante, considerando que pocos años atrás era uno de los tipos más idealistas que conoció.

Mientras miraba por los retrovisores y a su alrededor cada dos o tres minutos —costumbre inconsciente cuyo objetivo era detectar posibles rompe-vidrios o asaltantes—, Eduardo reflexionó sobre Óscar.

Frío y distante. Sangrón, pues. ¿Burocrático? También. Como que se estaba haciendo al papel de funcionario público demasiado rápido. Aunque también podía ser un reflejo de lo «grave» que era para él la responsabilidad autoimpuesta de sacar al país de su pobreza política.

—Tendrás que ser plomero —le había dicho Guillermo en una ocasión—. Porque si las tuberías de la política están rotas, es por toda la mierda atascada que lleva demasiado tiempo frenando el cambio.

Óscar había estado de acuerdo, pero para él no era una broma, sino una meta de vida. *El Santo contra las momias*, versión grilla de tercera. Como para verse.

¿Y dónde quedaba él en todo eso? Pues en el camino más usado, el del empleado típico con familia, perro y deudas. Su valor más íntimo, más importante, más intangible: sus dos hijos y su

esposa. Él no tenía proyectos grandiosos, como ser líder del sector empresarial o presidente; pero sí proyectos vitales que tenían que ver con tres personas con las que pronto se encontraría. Claro, si el tránsito se lo permitía.